

AGRADECIMIENTO

Agradecimiento del Ilmo. Sr. D. José Goñi Gaztambide*

Excelentísimos Señores:

Ante este Homenaje totalmente inesperado e inmerecido, estoy un poco desconcertado y abrumado. En la historiografía navarra, yo no soy más que un francotirador. Detrás de mí vino la artillería pesada.

Al principio, durante muchos años, nos juntábamos tres o cuatro personas, siempre las mismas, en el Archivo de la Catedral o en el Archivo General de Navarra. Nuestras ambiciones eran grandes, pero nuestras posibilidades muy limitadas. Todas las bibliotecas que había entonces en Pamplona, eran muy pobres.

La cosa cambió radicalmente con la fundación de la Universidad de Navarra, que formó un ejército de investigadores de las más variadas disciplinas y creó, partiendo de cero, una biblioteca fenomenal, la mejor o una de las mejores de España, al menos en el campo de las ciencias eclesiásticas.

En esta perspectiva mi papel resulta modesto y todo lo que se está haciendo y se ha dicho, me parece excesivo y desproporcionado, inspirado en el cariño más que en méritos propios. En todo caso, como yo no he podido evitarlo, haciendo de la necesidad virtud, quiero expresar mi gratitud al inventor y propulsor de este Homenaje, mi querido amigo don José Ignacio Saranyana; a los amigos y compañeros que han colaborado con sus valiosos trabajos; al Gobierno de la Comunidad Foral de Navarra en la persona del Consejero de Educación y Cultura, don Román Felones, que ha patrocinado este acto y se ha dignado realzarlo con su presencia y con sus amables palabras; a la Institución “Príncipe de Viana”, que editó el vol. I del *Catálogo del Archivo de la Catedral de Pamplona* y, juntamente con EUNSA, está publicando la *Historia de los obispos de Pamplona*. Además, en la revista “Príncipe de Viana” aparecieron unos treinta artículos míos.

Igualmente debo manifestar mi agradecimiento a la revista “Scripta Theologica”, dirigida por don Pedro Rodríguez, que ha acogido benévolamente el Homenaje en sus

* “Solemne Acto Académico en honor del Ilmo. Sr. D. José Goñi Gaztambide, Profesor de la Universidad de Navarra. Discursos pronunciados en el Homenaje celebrado en el Salón de Actos del Museo de Navarra, el día 18 de diciembre de 1984”, Pamplona, *Scripta Theologica*, Universidad de Navarra, 1985, pp. 31-36.

páginas; al Instituto de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, presente aquí en la persona de su director Dr. José Orlandis, que acaba de pronunciar palabras tan halagadoras para mí; a la Universidad de Navarra, que tantas atenciones ha tenido conmigo; y, por último, al Instituto “Enrique Flórez” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que me admitió como Colaborador numerario desde el año 1950 y en la plaza de Investigador desde 1973.

Yo me siento particularmente deudor a mi diócesis, que hizo posibles mis estudios en Roma, especialmente a don Tomás Muniz, a don Marcelino Olaechea y al actual Sr. Arzobispo, don José María Cirarda; a mi familia, a otras muchas personas, cuya mención sería muy larga, y por encima de todos a Dios, que me concedió el don inestimable de la vida y me la ha conservado durante tantos años.

En estos momentos, al echar la vista atrás, siento la satisfacción de haber contribuido modestamente a un mejor conocimiento de la historia de la diócesis de Pamplona y a mejorar la imagen de Navarra, sobre todo en el aspecto cultural. Yo espero que esta imagen mejore más, cuando se publiquen los cuatro tomos siguientes, que tengo terminados o casi terminados. En ellos, naturalmente, la figura central es el obispo; pero con frecuencia el Reino, representado por las Cortes o por la Diputación, desempeña un protagonismo muy destacado. Así, el estudio del episcopologio de Pamplona viene a iluminar zonas importantes de la historia de Navarra.

Una muestra entre muchas: Alrededor del año 1600 se produce un fenómeno nuevo, muy interesante, que gira en torno de la palabra “nación”. No sé cómo llamarlo: el despertar de la nacionalidad navarra, del regionalismo, del nacionalismo... No encuentro un término adecuado. Veamos en qué consiste.

En el siglo XVI se intenta, no sólo castellanizar la iglesia navarra, sino dispersar sus fuerzas espirituales, siempre las más sensibles. Así, los conventos franciscanos navarros, que pertenecían a la provincia franciscana de Aragón, fueron repartidos entre las provincias de Burgos y de Cantabria. No fueron sometidos todos a una provincia, sino a dos. El caso no se repitió con otras Ordenes religiosas, porque se resistieron. Contra ellas se recurrió a otros procedimientos: repartir los frailes navarros entre varios conventos fuera de Navarra, imponerles superiores castellanos...

Tanto los religiosos sometidos a las provincias de Castilla como de Aragón, se veían discriminados y perseguidos por razón de su “nación”. Eran excluidos sistemáticamente de todos los cargos honoríficos y aun de los estudios y cátedras. Tal ocurría con los franciscanos, capuchinos, mercedarios, carmelitas calzados y mínimos. Así, tanto Castilla como Aragón empujaban a los navarros a buscar su propia identidad y a recurrir a las Cortes y sobre todo a la Diputación, como a única tabla de salvación.

La Diputación, muy paternalista, al tratar de remediar el malestar de los frailes no sólo buscaba la paz y quietud de los religiosos, sino también la reputación, la autoridad y el prestigio del Reino, y la honra de sus hijos. Para la Diputación, la solución consistía en la creación de una provincia que se llamase *Provincia... de Navarra*. No de San Roque o de la Concepción, sino *de Navarra*.

Otros ingredientes habrían de contribuir a la exaltación del Reino, que desde la anexión a Castilla estaba postrado y postergado:

1. La revalorización de la lengua vascongada, la más antigua de España, puesto que la habló y enseñó en este Reino, Túbal, nieto del patriarca Noé, según se creía entonces.
2. La proclamación de San Francisco Javier, primero, como patrono del Reino y después, como patrono único. Este patronato único habría dado cierta unidad espiritual a Navarra, que estaba dividida en cinco obispados. Pero, desde un

principio, el patronato de San Francisco Javier chocó con una fuerte resistencia, que luego se polarizó en torno al ayuntamiento de Pamplona y al cabildo catedral de la misma ciudad. La Diputación atribuía tanta importancia al patronato de Javier, que, habiéndose negado el obispo Juan Queipo de Llano a declarar de precepto la fiesta del dos de diciembre, pidió al rey que lo trasladase a otra sede más importante. Esta de Pamplona era poco para él. El obispo se vería contento y la Diputación más.

3. La pretensión de que las dignidades vacantes, como el obispado de Pamplona, el priorato de Roncesvalles y las abadías cistercienses, se confiriesen a navarros o por lo menos se concediese a los navarros la alternativa con los castellanos.
4. El proyecto de una gran Universidad, que pusiera a Navarra al nivel de Castilla.
5. El encargo al abad de Fitero, fray Ignacio de Ibero, de que compusiera una Historia general de Navarra, bien documentada, construida sobre las escrituras y privilegios que se conservaban en los archivos reales, monásticos y municipales de dentro y fuera del Reino.

Hay otros factores, pero éstos son los más importantes.

En todo esto se perfila el despertar de un movimiento de afirmación de la personalidad de Navarra, a partir, aproximadamente, del año 1600; de un incipiente navarrrismo o nacionalismo, totalmente alejado del separatismo y desprovisto de la carga política que esta palabra recibió en el siglo XIX.

El Reino no consiguió todo lo que quería, pero obtuvo algunos éxitos parciales.

Así, no se logró formar una provincia navarra con los conventos franciscanos, pero sí con los capuchinos y la Diputación se trasladó en corporación al convento de extramuros para celebrar el acontecimiento.

Desde la anexión de Navarra a Castilla, no ha habido más que cuatro obispos navarros en la sede de San Fermín, todos excelentes: dos en el siglo XVIII y otros dos en el XIX.

Fray Ignacio de Ibero no compuso la Historia general de Navarra. Carecía del más elemental espíritu crítico. Pero luego Martín de Argáiz y Antillón, prior de la catedral de Pamplona, y los jesuitas Moret y Alesón forjaron la historiografía de Navarra.

Durante más de cuatro siglos no fue posible poner en marcha la gran Universidad. Pero en nuestros días, con el apoyo de la Diputación, ha surgido la Universidad de Navarra, que supera con mucho cuanto soñaron nuestros antepasados.

Ante ella yo no paso de ser un francotirador. Ella y la Diputación han querido tributarme este Homenaje. A ellas se lo devuelvo agradecido.

